

Himno al Santísimo Sacramento

Por Paul Claudel

INTRODUCCION

Hace años resuena en todos los ámbitos en donde sopla el aliento de Francia, una voz que patentiza el espíritu creyente de su raza y el afán misionero que a través de los siglos la ha animado. Voz robusta, original, saturada de resonancias campesinas, que en veces se adelgaza como el sonido de la campanilla litúrgica y asume en otras acordes plenos de órgano en naves catedralicias, que es en ocasiones delgado hilo de plegarias o se hinche después con estridencias de trompetas bíblicas.

Es la voz de Claudel, de un poeta que cumple su misión con la fe de un creyente medioeval; que se sabe poseedor de una voz que debe resonar aquí y allá, oportuna e importunamente, en el silencio de los templos o entre el bullicio de las multitudes. Claudel se enorgullece de levantar insólitos acentos cuando todas las voces se aúnan en coros mundanos, y rinde altivo su testimonio a la faz de todas las tierras.

Ha traspuesto todos los meridianos y absorbido innumerables horizontes, de todo ha sacado una voz universal que puede concretarse en esta frase suya: "Mi deseo es el de ser la conjugación de la tierra de Dios". Por eso hay en Claudel, según afirmación de Pierre Descaves "algo de testigo y de profeta, de visionario y de apóstol". Todo ello porque ha sabido conjugar íntimamente la fe y el arte y de tal manera se han vuelto inseparables que le han dado a su verso fisonomía inconfundible y han hecho del autor "un hombre siempre actual" como bien lo aprecia Duhamel.

En la formación de esta voz misionera han entrado diversos elementos: el espíritu francés, creyente, apegado al terruño pero con

NOTA. — En agosto de 1968 se cumplieron cien años desde el nacimiento de este gran escritor francés, muerto en 1955. Como homenaje a su memoria publicamos su admirable "Himno al Santísimo Sacramento" con una nota introductoria de Alfonso Lopera sobre la vida y la obra del gran poeta cristiano.

proyecciones ecuménicas, conciente de su misión sobre la tierra; la fe, robusta y firme como las pétreas construcciones medioevales, combativa como el afán de los cruzados, misionera como el alma de Colón, tan ardentemente exaltada por Claudel, recogida en la plegaria y el sacrificio, viva con todo el vigor de nuestro siglo agitado; el estudio de los clásicos (Esquilo, Dante, Bossuet) y sobre todo la asidua asimilación de los Profetas y los Salmos, la cotidiana contemplación de la liturgia y la rumia permanente de los textos sagrados; todos esos elementos fueron reduciendo en el crisol de su espíritu creyente y nos dieron la admirable vibración de esta voz católica y misionera.

Una de las últimas fotografías de Claudel nos lo presenta en la iglesia de Brangues, en una silla baja, abismado en la oración. Contra la columna, junto a él, un grueso bastón de caminante. Por cierto que a quien le censuró como un tanto sacrilega su "pose" indiscreta, respondió: "Para mí, el sacrilegio sería no orar".

En esta fotografía miro la síntesis de su existencia fecunda: la fe que envuelve la acción en su más alta forma activa, que es el ensimismamiento de la oración, lista a lanzarse por los caminos del mundo, simbolizados en el bordón del peregrino.

Examinaremos el curso de esta vida admirable. Dijo de él Henri Massis: "Hombre rudo, de fuerte cuello, rico de sangre, de músculos y de nervios, hombre macizo, de pasiones vehementes, artista sensual y primitivo que ahora miro allí, inclinado ante su Dios, al que no ha debido rendirse sin combate... Rostro y cuerpo llevan las señales de esa lucha que iluminan los ojos grandes y claros llenos de un amor filial y tierno". Jeanine Delpech nos dice: "El rostro lleno de rasgos apacibles y en el que la edad no ha puesto sus arrugas ni las pasiones han dejado las huellas de su amargura, irradia ardiente serenidad".

En realidad este hombre de Dios caminó varios años por rutas extraviadas, se dejó arrastrar por las aguas de un siglo racionalista y conoció lo que es el golpe fulminante de la gracia que restituye a Dios lo que el mundo ha profanado.

En Villanueve-sur-Fère-en-Tardenois, aldea del Aisne de nombre sonoro como un verso, nace en 1868. El ambiente que rodea su infancia parece ser ya signo de predestinación. Es la campiña francesa: amplias casas señoriales, llanuras cubiertas de trigos y manzanos, ambiente campesino, rudas faenas de labradores, lenguaje sencillo y varonil, el toque de Angelus que se difunde por aldea y labrantíos, la cinta de la carretera que divide los campos, y allá a lo lejos, desvaneciéndose en el horizonte, las torres de la Catedral de Rheims! Digno escenario para la infancia de Claudel que llevará siempre en los labios el sorbo del terruño, evocado después con amorosa fidelidad en la obra grandiosa de "La Anunciación a María". Bien lo había dicho: "Quien ha mordido una vez la tierra, conserva su sabor entre los dientes".

Llega la adolescencia. El siglo le da cuanto tiene: rudo fardo de materialismo científico, diletentismo renaniano, algunas mundanas amistades iniciadas en el Liceo Luis el Grande (León Daudet, Roland, Schowb) y unos pocos bellos triunfos de juventud. Durante una distribución de premios dio un beso Renán en la frente del joven Claudel. El hecho tiene un raro simbolismo: fue el beso del siglo XIX ansioso de

atrapar esta alma. Pero llegó un día el beso de la gracia y la conquista fue de Dios.

Claudel mismo nos cuenta: "A los dieciocho años era un muchacho huraño, profundamente insociable. El racionalismo científico con sus pobres explicaciones del universo y el naturalismo triunfante en la novela y en el arte, chocaban con la sensibilidad delicada y la imaginación ardiente. Vino después la lectura de Rimbaud, salí por fin del horroroso mundo de Taine, de Renán y de los otros Molochs del siglo XIX".

Tras estos preludios, el golpe de gracia del 25 de diciembre de 1886 que magistralmente nos relata él mismo en el artículo "Ma Conversión" (Revue de la Jeunesse - octubre de 1913):

"En un instante fue tocado mi corazón, y creí. Creí con tal fuerza de adhesión, con tal levantamiento de todo mi ser, con una convicción tan poderosa, con tal certidumbre que, desde entonces, todos los libros, todos los razonamientos, todos los azares de una vida agitada, no han podido agrietar mi fe, ni siquiera en verdad conmoverla".

Después, cuatro años de inquietud, el diálogo entre el Animus y el Anima que él mismo definía, la confirmación de la obra divina y por fin el florecimiento de la gracia y de la poesía, siempre hacia Dios, por todos los caminos del mundo. Desde entonces Claudel es "un misionero y un apóstol" según la expresión de Jacques Riviere.

Este temperamento misionero lo lleva a la carrera diplomática, a respirar aires lejanos, a conocer extraños horizontes: Holanda, Estados Unidos, Brasil, China, el Japón; bajo todos los soles, sin descuidar las diligencias de su cargo, la voz católica, el acento misionero se dejará escuchar en la proclamación hacia todos los vientos del testimonio de su fe.

La voz del poeta católico asume caracteres específicos, tales como deben corresponder a su misión. No es el verso regular, artificioso, tiránico en veces, acorralado pudiera decirse entre muros de acentos y medidas, pero tampoco es el "verso libre" anárquico, carente de disciplina, con que algunos disimulan el vacío de la inspiración que nunca llega.

El versículo claudeliano tiene su fundamento en el ritmo natural del lenguaje, el movimiento del corazón, el vaivén de la respiración, las cadencias del idioma francés y esa musical sucesión de grupos fonéticos y de pausas que deben conformar el lenguaje humano.

La estrofa claudeliana revela un paralelismo de estilo bíblico, un balanceo de imágenes que iluminan la idea, un dulce ir y venir de frases inspiradas que evocan al instante la salmodia litúrgica. El lenguaje es ordinario, es el lenguaje del pueblo, de todos los pueblos, del campesino que llama por su nombre a cuanto lo rodea, del católico que se ha alimentado con la meditación de la liturgia, del ciudadano del mundo que en todas las latitudes alaba a Dios. "Las palabras que empleo, son las palabras de todos los días... Son vuestras frases mismas... Estas flores son las flores vuestras..." asegura el poeta.

Dotado entonces de peculiar instrumento emprende la realización del ideal misionero: lanzar a todos los vientos su testimonio. Basa su concepción poética sobre dos cimientos que concreta así: "La idea general de mi vida es un gran deseo de alegría divina y un gran movimiento hacia ella. Como Dios por su inmensidad arrolla y penetra toda

la creación, el poeta se esforzará en recoger él también todo el mundo creado y en ofrecerlo a Dios en sacrificio”.

A través de su producción abundante y cimera Claudel quiere mostrar que la vida es movimiento hacia Dios, anhela recoger los sentimientos de la humanidad en sus ambiciones y en sus luchas, ser como lo pide en una de sus Cinco Grandes Odas “el buen tenedor de libros de la humanidad, la conjugación de la tierra de Dios”, hacer apostolado, en una palabra, misionar.

Alguna vez hizo Claudel esta ingenua confesión: “Cundo sé que alguna alma piadosa se ha servido de mi “Camino de la Cruz”, que algunos de mis versos han sido utilizados como tema de meditación y han dado alas a la plegaria, en una palabra, que he podido hacer algo por ese Dios y esa fe que tanto me han dado a mí, siento que en realidad no he escrito ni vivido en vano”.

Se le ha tildado de intransigente, pero tal apelativo es el estigma con que marca el mundo a quienes siguen los caminos de la luz. El conflicto entre el bien y el mal, entre el alma que está con Dios y el alma vacía de la amistad divina, es precisamente el que da el aliento trágico a muchas de sus obras.

Su producción abundantísima es hija de su afán misionero, fruto de una disciplinada regularidad, de una metódica labor que él mismo nos descubre en el citado reportaje de Jeanine Delpech: “Me levanto siempre muy temprano, y durante cuarenta y siete años que he consagrado a la diplomacia, reservo siempre para mí lo que yo denomino hora virgen, aquélla en que el pensamiento, después del reposo nocturno, no ha sido distraído de las cosas esenciales por el bullicio de la jornada”.

Cada una de sus obras, así líricas como dramáticas, daría para abundantísimas exégesis y en cada una de ellas se perfila la etapa de su alma misionera.

En su obra poética, desde las Cinco Grandes Odas, iniciada en París en 1900 hasta Los Poemas y Palabras, publicados en 1945, encontramos que tan inmenso genio poético está siempre al servicio de Dios y que para él es el verso “herramienta nobilísima para confesar públicamente al Señor y hacer alarde de su fe inquebrantable y magnífica”.

De su obra dramática, toda de recia envergadura cristiana, queremos hacer resaltar dos, digna expresión ambas de un llameante anhelo misionero: La Anunciación a María y Zapato de Raso.

La primera es “inmensa construcción levantada como la imagen de su protagonista en la cumbre de la iglesia de Santa Justicia de Pedro de Fraon, hasta las alturas soberanas del espíritu” (Souviron). En ella se refleja como en ninguna otra la personalidad de Claudel, su alma de cruzado, el escenario de su infancia, la sombra de la esposa (hija también de un constructor de iglesias) y su genio poético, que erige en sonoros versos con ecos de naves catedralicias, iglesias imperecederas.

La segunda, obra grandiosa en que Claudel revela el misterio de América, no es tan sólo el himno de un continente; es más que la historia de un hemisferio, es su filosofía y su misión. “América, dice, debe unir al género humano. Sobre su suelo, que es el de todos los

pueblos, la divina hostia sella la paz mundial. En esta mesa enorme que El nos tenía preparada entre dos océanos, quiere que vengan todos los pueblos a celebrar la pascua. Cuando Dios entregó la América a ese Fernando, tan justamente llamado el Católico, el dón, demasiado grande, no era tan sólo para él, sino para que el conjunto de los pueblos colmulgaran en ella”.

Y completa después su mística visión de América con esta frase que tomo de su obra “Cristóbal Colón”: “Todos los hombres tienen la vocación del otro mundo, todos tienen la intuición de esa ribera ulterior que la gracia divina quiere que alcancemos”.

América es pues para Claudel el símbolo del Misterio Cristiano en el que cada hombre debe ser un nuevo Colón, descubridor del hemisferio de la gracia divina.

Afirmó Francis Jammes: “Hasta Paul Claudel, partiendo desde el bardo más antiguo que, por otra parte, no tenía ninguna razón para detestar a un Creador que ignoraba, aunque cantara a veces piadosamente sus obras, todos los poetas que han pasado en silencio o despreciado al Dios de la revelación, todos han sido exactamente unos mediocres. La posteridad pone las cosas en su lugar”.

Y la posteridad ha colocado a Claudel en su lugar; no hablo del prestigio de su voz en el mundo creyente y en los dominios sin lindes de la cultura. Me limito a Francia donde tantos pontífices literarios rasgaron sus vestiduras cuando oyeron los primeros acentos de esta voz religiosa, los clamores de esta voz misionera. En las postrimerías de 1945 Francia consagró de manera oficial con el lauro académico que hace “inmortales” según la tradición, al poeta de Cristo. Sin los requisitos reglamentarios se le dió el decimotercer sillón de la Academia, el que ocuparon Loti, Arnaud, Racine, al poeta rechazado doce años antes y suplantado entonces por talentos efímeros.

Francois Mauriac, adalid también de la fé y otro gigante de la literatura creyente, fue designado para recibirlo.

No resulta vana la afirmación de Pierre Descaves respecto a este caballero de la fe: “Las sombras del más original y osado de los trágicos después de Víctor Hugo, desaparecerán con los años, que lo harán tan clásico y claro como un Pascal o un Shakespeare. La grandeza de las imágenes, su fuerza y su estruendo han hecho de la literatura claudeliana un Renacimiento; el escritor reanimó el fuego que se extinguía y dió a las llamas de lo real una espiritualidad que faltaba en su siglo”.

Alfonso Lopera L.

HIMNO AL SANTISIMO SACRAMENTO

Traducción de Osvaldo Horacio Dondo

— 1 —

Los seis largos días se han cumplido, la obra de la cosecha ya fué hecha,

Toda la cebada y el trigo han sido segados, la paja está en el suelo con el grano,
Los seis días de la siega se han cumplido y el séptimo día es mañana,
Y ya los grupos de trabajadores han vuelto para la fiesta,
A Bethléem, la "Casa del Pan".

— 2 —

El rico Booz, esta noche, quedó solo en su campo.
Hombre que cree en Dios, corazón recto que habita la sabiduría.
Justo que del pobre y de la viuda tiene inteligencia
Y cuyos segadores descuidados dejan caer al andar
Espigas para la espigadora Moabita.

— 3 —

Mientras está acostado sin dormir en medio de la inmensa siega preparada
Mirando la luna llena del sábado, la noche jubilaria y consagrada,
He aquí que a su costado siento algo como un perro tímido que le roza,
Y la espigadora Ruth, que se ha lavado y adornado,
Reclina la cabeza sobre su hombro.

— 4 —

"Hija mía, ¿qué quieres de mí? Ves que soy solitario y viejo.
"He vivido largos días antes que tú y ahora mi barba está gris.
"Ve, Ruth, hacia el hermano de tu marido, según quiere la ley de Moisés".
Y Ruth le responde sin levantar los ojos:
"A la sombra de Aquel que mi corazón deseaba, yo me he reclinado".

— 5 —

Nosotros también, Dios mío, vemos que estáis solitario y abandonado
Como un anciano en medio de estos transeúntes de un día, de estos mozos ocupados y frívolos.
Pero porque hemos gustado de vuestra bondad que excede todo sabor,
Inclinando la cabeza sobre vuestro pecho,
Os ofrecemos con un corazón demasiado conmovido para decirlo con palabras,
La pobre miseria que podemos dar.

— 6 —

Dadnos de comer, hombre rico de la "Casa del pan"!
Recibid para siempre a la extraña en vuestra morada!
Demasiado hemos sufrido hambre y sed lejos de vos!
Que ya no echemos de menos, lejos del deseo del publicano,
La espiga gratuita dejada por vuestro segador.

— 7 —

Dadnos hoy nuestro pan supersustancial.
Ya estoy harto de este maná de una mañana, de este pan que
se desvanece en sombra y figura.
Estamos cansados del sabor de la carne y de la sangre, de la
leche, de los frutos y de la miel.
Arbol de vida, dadnos el verdadero pan,
Vos mismo sois mi alimento.

— 8 —

Booz engendró, de Ruth, a Obed, de quien nacieron David y
los Reyes.
Soy yo ahora a quien vos elegís desechando a Jerusalem y
Samaria.
Oh pan de los Angeles, cuantas veces habéis sufrido la piedra
del molino y la cruz,
Antes de que a mi vez reciba con un corazón anonadado de
ternura y de temor,
La carne que habéis recibido de María.

— 9 —

Tomo vuestro sabor, Santo de los Santos, y vos sabéis ahora
a qué se yo, pecador!
Oh igualdad del amor! Oh palabra incomunicable!
Oh comunión con vos! Instante de mi corazón en vuestro co-
razón!
Mano derecha de mi Dios que me atrae y mano izquierda de
mi Salvador
Bajo mi cabeza que la vergüenza abruma!

— 10 —

Terrible silencio del mediodía en que vuestro sólo nombre es
lo único que responde!
Oh guardas de Jerusalén, que ninguno de vosotros me despierte
o me llame!
Oh fe que excede a los sentidos! Aclamación de la oración oída!
Oh verdadero amigo, vuestro nombre es como un perfume de-
rramado!

Quédate como un sello sobre mi brazo y como manojito de mirra entre mis pechos!

— 11 —

Vale más un instante con vos que mil días en los atrios de los hombres.

Bueno es para nosotros quedar en vuestra presencia admirable.
Me llamáis, Verbo de Dios, que erais ayer y seréis mañana,
Y exclamo levantando las manos:
Entraré hasta lo Santo del tabernáculo!

— 12 —

Yo también tendré parte en vuestro cáliz!
Me purificaréis y quedaré limpio como el lino cándido!
Señor, que vuestra voluntad y no la mía se cumpla.
También yo con vuestro sacerdote al subir al altar del sacrificio
Lavaré mis manos entre los inocentes!

— 13 —

Me acercaré al altar de Dios, del Dios que regocija nuestra juventud!

Juzgádmelo y separad mi causa de la raza de Edom y de Amalech.
Bienaventurado el que lejos de los hombres recibe su herencia
en vuestra promesa,
Y cuyas manos santas y venerables elevan las dos Especies,
Sacerdote in aeternum según el orden de Melchisedech!

— 14 —

Que suban delante de vuestro trono en olor de suavidad!
Recibid la sangre del Cordero que fue inmolado desde la creación del mundo,
Anciano, conmueva vuestras entrañas de Padre la sangre de Abel,

Que suple con un fuerte clamor por nosotros a quienes veís ebrios y enlodados,
Pobres hombres, en nuestra torpeza profunda!

— 15 —

Recibid este sacrificio que os ofrecemos por los vivos y los muertos,

Con memoria de los que nos son más próximos, y yo de mi padre y de mi madre,

De mi mujer y mis dos hijos y de todos aquellos a quienes he agraviado,

Y lo mismo de todos los fieles difuntos a quienes su pecado retiene todavía

Cautivos en el profundo lago.

Piadoso Pelicano, que delante de nosotros sufrís vuestra crucifixión,
Asistido por los Angeles que lloran trayendo la patena y el caliz,
Dadnos la herida de vuestro costado como al centurión
A fin de que nos seáis abierto y que podamos unir
Nuestra naturaleza a vuestra hipóstasis.

En vos toda criatura es consumada.
Con el trabajo de nuestras manos hicimos de este fruto inútil
y de esta hierba
El trigo que alimenta a los fuertes, el racimo que embriaga
a Sión,
Y ahora, bajo la viña crucificada, en este extremo de nuestro surco
Erigimos una mesa sagrada.

Señor, nos habéis dado este universo que debemos consumir.
Todo ha trascendido, el cielo y la tierra, hasta este pan que me alimenta.
Consumid, pues, a su vez a este hombre a quien habéis reformado
Y comed también con nosotros, en el pan y en el vino redimidos,
Esta Pascua que habéis deseado con tan gran deseo.

Los siglos pasados y futuros están eternamente delante de vos.
Todo lo estáis viendo, invisible desde el fondo de esta iglesia oscura y vieja,
Concedednos por una vez que podamos mirar el centro de vuestro milagro,
En este día de Corpus, cuando el sacerdote, abriendo vuestro tabernáculo,
Levanta entre sus manos el sol!

Como el astro que elevándose de la tierra atrae todas las cosas hacia él,
Así este sol de suavidad que el sacerdote trae en el pañal de seda como un niño recién nacido.
Bienaventurado el vientre que os concibió y los pechos que os alimentaron.

Estoy como el ciego de nacimiento que en la nada y la noche
Reconoce la presencia del Cordero.

— 21 —

Causa invisible, venid a ver este mundo que habéis hecho.
Ya no estáis envuelto como antes por el rayo y la nube.
Cuatro personajes sostienen ingenuamente vuestro pobre palio
Mientras adelantáis irradiando sobre buenos y malos
A través de las calles de nuestra aldea.

— 22 —

Jurásteis a los patriarcas de nuestras tribus con juramento
grande
Cuando vuestro arco iris apareció sobre la tierra clara y pur-
gada:
“He aquí que estoy con vosotros y vuestros hijos en todos los
días de mi Alianza”.
Y renováis con vosotros en la piedad de vuestro sacramento
Según la fe de vuestra palabra dada.

— 23 —

El hereje no sabe sino romper con violencia, separar y volver
siempre a separar,
En cada trozo destrozado, su obra, aplica su crítica malvada:
Ha puesto a Dios de un lado, y al hombre del otro.
Y su mundo sin ley, disociado de vuestra unidad,
Vuelve a la atonía caótica.

— 24 —

Dios, por más lejos que estéis de nosotros, nosotros estamos
unidos a vos por el amor.
No hay separación entre los miembros y la cabeza mística.
Sabemos que las cosas unas de otras son diferentes por razón
del amor,
Pero convidáis a todos los seres que de vos han recibido su
para y su por,
A la comunión eucarística.

— 25 —

Vos mismo sois quien dijo que yo puedo comer vuestra carne.
Está escrito. No soy yo quien lo ha inventado!
¿Por qué vacilaría yo un momento cuando vuestra palabra es
tan clara?
Sed, pues, vos solo, Señor (porque éste no es invento mío)
El responsable de esta enormidad!

El perfume del incienso se mezcla al de las flores y al de la siega.

El racimo y la espiga están prontos para el sacrificio y la Misa. Llegó para nosotros el tiempo de ir un poco más lejos. Señor, ¡qué hermoso era vuestro mundo! pero el Cielo no lo es menos.

“¡Venid!”, nos dice la Sabiduría.

Me habéis agobiado con vuestros dones, a mí que soy ingrato y pecador.

Es posible que otro encuentre que vuestro yugo es pesado. Pero yo no he conocido sino vuestra bondad y nunca vuestro rigor.

Tengo vuestra mano en la mía, sé que sois mi Redentor, Y reiré en mi último día!

Quedáos conmigo, Señor, en este día de la guerra y del peligro!

Mirad a vuestro siervo que no es muy bravo ni valiente! Oh mi Señor! Dadme a comer de ese pan! Y ni los hombres, ni el infierno, ni Dios mismo, podrán arrancarme

Vuestro cuerpo que llevo en mi boca!